

## **LECCIONES APRENDIDAS**

### **EN LA CONSTRUCCIÓN DE LA PAZ EN COLOMBIA.**

#### ***Reflexiones desde la perspectiva de Pastoral Social / Cáritas.***

*Mons. Héctor Fabio Henao Gaviria*

*Director SNPS / Cáritas Colombiana*

Reflexionar sobre los aprendizajes que hemos hecho en la Iglesia Católica, la Conferencia Episcopal y dentro de ésta en la Pastoral Social, a lo largo de estos años, no es una tarea fácil. Hay que decir con mucha modestia que seguimos en un proceso de aprendizaje y que la creatividad e imaginación comunitarias son un elemento clave en este largo camino. Tenemos mucho que aprender de otros países que han tenido experiencias de procesos de paz y postconflicto, y por ello la importancia de esta Conferencia Internacional y de la presencia de delegados de Asia, África y otros países de América, a quienes agradecemos su presencia y sus aportes.

Podemos hoy intentar asomarnos a núcleos concéntricos que ayuden a comprender el proceso, las lecciones y avances logrados. Partimos de lo propio en la reflexión y en la acción del Episcopado que es una perspectiva eminentemente evangélica y profundamente pastoral. El reconocimiento de esta perspectiva nos ayuda a comprender el abordaje y las dimensiones de los aportes propuestos.

Les invito a que iniciemos con una mirada sobre un punto que considero central dentro de la reflexión del Episcopado y es su posición moral y ética que se deriva de la profunda fe en Jesucristo. “Nuestra fe en el Señor Jesucristo nos impulsa a llegar a todos los colombianos con un mensaje de esperanza: el Padre Misericordioso no quiere que sus hijos vivan como esclavos, con su dignidad pisoteada, su vida amenazada, sus derechos irrespetados. Porque creemos en Dios y, al mismo tiempo conocemos todas las posibilidades de crecimiento y grandeza que tienen nuestros hermanos, rechazamos cuanto hiere a la justicia, la verdad, la vida”<sup>1</sup>. Desde este punto central podremos visualizar y comprender otros niveles y núcleos de compromiso de nuestra Iglesia con la justicia, la verdad, la reparación y la reconciliación.

#### **COLOMBIA: ESCUELA DE PAZ**

“La paz es un anhelo arraigado y vivo en el pueblo colombiano expresado de muchas maneras”<sup>2</sup>. Con estas palabras el Episcopado definía en 1984 lo que la paz significa para el pueblo colombiano: es un anhelo arraigado y vivo. La paz es ciertamente un desafío y una tarea, pero en la vida cotidiana del pueblo es un propósito buscado vehementemente. La paz ha sido una aspiración central a lo largo de la historia de las décadas recientes. Se han dado numerosos procesos de paz, unos exitosos y otros

---

<sup>1</sup> Que renazca la esperanza. Mensaje de la LXVII Asamblea Plenaria Ordinaria del Episcopado, 9 de julio de 1999.

<sup>2</sup> Mensaje del Comité Permanente del Episcopado en la hora actual, 3 de mayo de 1984.

fracasados. Los procesos de desarme han permitido reintegrar gran número de excombatientes, pero igualmente un sector importante se ha vuelto a rearmar. En los planes de gobierno, en las propuestas comunitarias y políticas de los últimos años encontramos una riqueza, desconocida por muchos, de propuestas y experiencias que giran en torno a la paz. Existe una verdadera geografía con picos de experiencias comunitarias de paz en los que muchos municipios son nodos de iniciativas surgidas de la creatividad de los pobladores. Se puede constatar que se trata de un dinamismo creativo, de un anhelo vivo, y no solamente de un concepto o de una idea lejana de la convivencia humana.

Colombia es una gran escuela, un aprendizaje constante de experiencias y propuestas de paz que nacen desde la base. El florecimiento que hemos visto, de movimientos y organizaciones con un claro compromiso local y regional, hace de nuestro país una verdadera escuela de paz. Colombia es uno de los pocos países del mundo que tiene un premio nacional de paz que exalta esos esfuerzos comunitarios, con reconocimientos anuales a personas e instituciones que han contribuido significativamente a la convivencia local y regional. La lección de todos estos procesos es que el país necesita asumir la riqueza de dichas propuestas, y superar el carácter errático y disperso que caracteriza a muchos planes, para convertirlos en verdadero camino hacia la paz.

Con razón el Episcopado hablaba de que ese anhelo tiene raíces profundas en las aspiraciones de los colombianos y colombianas, y es que se han dedicado muchos esfuerzos y se han hecho enormes sacrificios en la búsqueda de la paz. Hay una larga lista de líderes comunitarios, agentes pastorales, defensores de derechos humanos, hombres y mujeres que han dado su vida en este sendero hacia la paz recorrido colectivamente, el cual ha inspirado posiciones del Episcopado, planes pastorales, acciones y compromisos de la Iglesia a todo nivel, como una rica fuente de inspiración. Indudablemente, hay que subrayar que el Magisterio Pontificio y latinoamericano, y las lecciones de otras Iglesias del continente, han sido asimismo punto de referencia y de iluminación que han aportado una enorme riqueza.

Quienes conocen las experiencias locales y regionales de paz, fruto de esa enorme imaginación, se preguntan: ¿porqué hemos tenido un conflicto tan prolongado en décadas? ¿qué explica el hecho de no haber encontrado hasta ahora un camino de solución definitiva? ¿cómo no perder la perspectiva de los hechos esperanzadores que animan este camino hacia la paz e impiden el derrotismo de soluciones fáciles?

## TESTIGOS DE ESPERANZA EN MEDIO DEL CONFLICTO

No hay que perder de vista, en consecuencia, que Colombia además de enormes retos alberga signos claros de esperanza que no deben desconocerse en el momento de acercarse a las lecciones que dejan sus esfuerzos para lograr la paz.

La lección constante es aprender a mirar la historia con ojos de esperanza. Justamente en el año 2005 la Conferencia Episcopal reunía los pasos de esta lección en un libro titulado *Testigos de Esperanza*. Este documento resume gran parte de nuestro aprendizaje en este caminar hacia la paz y que invita a leer esta historia en clave de

Revelación y a identificar los signos de los tiempos: “Se trata de reconocer que los acontecimientos de la historia, además de ser portadores de significación humana, lo son también de significación divina, con lo cual queremos decir que Dios se manifiesta en todo lo que existe, que Él va conduciendo con su sabiduría y su amor infinito la historia de los hombres, y que su manifestación plena se ha dado en la persona y en la historia concreta de Jesús de Nazaret (Heb 1,1s)”.

La Conferencia Episcopal identificaba recientemente motivos de esperanza en nuestro país: “Pensando en una Colombia que ha dado positivos pasos en el camino del progreso, que tiene razones objetivas para la esperanza pero que anhela la paz, los Obispos unimos nuestras voces en un solo llamado: ¡Reconciliación!, con Dios, con nosotros mismos, con los demás y con la creación”<sup>3</sup>.

“Descubrir el sentido teológico de los acontecimientos de la historia humana significa para nosotros reconocer que el Dios que ha conducido nuestra historia en el pasado, está actuando también en los acontecimientos del presente, con todo lo dolorosos que ellos puedan ser, y que en este presente se está gestando un futuro que contemplamos con una mirada optimista, porque el Dios en quien creemos es el Dios de la esperanza”<sup>4</sup>.

## INTERROGANTES EN EL APRENDIZAJE DE LA CONSTRUCCIÓN DE LA PAZ

Ante una complejidad tal del conflicto, una pregunta que vale la pena colocarse inicialmente es cómo definir el momento en el cual se va a iniciar un trabajo de construcción de paz. La pregunta es si debemos esperar o no, a que se dé el cese al fuego y las hostilidades en el conflicto armado, para comenzar las labores de reconstrucción del tejido social y de construcción de la paz. La Iglesia Colombiana ha decidido emprender la tarea de fortalecer todas las iniciativas de construcción de la paz aun antes de que se dé el cese al fuego entre los movimientos insurgentes y el Estado Colombiano. Podría parecer contradictorio hablar de construcción de la paz mientras el conflicto armado está en marcha o incluso se agudiza. La lección aprendida es que el trabajo de construcción de la paz ha servido de herramienta de prevención de nuevos conflictos y profundización de las confrontaciones actuales. Construcción de la paz tiene una perspectiva de futuro en el plano de la reconciliación pero al mismo tiempo tiene un impacto presente en la prevención. En una declaración de la Conferencia Episcopal titulada *Pastoral para la Paz en la actual situación de conflicto armado*, publicado en 1998<sup>5</sup>, aparece esta claramente definida esta opción: “Nos comprometemos a apoyar los esfuerzos e iniciativas encaminadas a superar las causas del conflicto armado, y a

---

<sup>3</sup> El compromiso de la Iglesia ante los desafíos de la realidad nacional. Comunicado de la LXXXII Asamblea Plenaria del Episcopado, 9 de febrero de 2007.

<sup>4</sup> Testigos de Esperanza. LXXIX Asamblea Plenaria Ordinaria del Episcopado, 4–8 de julio de 2005.

<sup>5</sup> Pastoral para la Paz en la actual situación de conflicto armado en Colombia. Declaración final de la Reunión General de Obispos. Bogotá, marzo 9 al 13 de 1998.

colaborar activamente en la reconstrucción del tejido social, condiciones necesarias para una auténtica paz”<sup>6</sup>.

Al lado de esta pregunta hay otra que surge cuando se trata de intervenir pastoralmente en situaciones tan complejas y obedece a la necesidad de definir desde qué posición hacer la intervención propiamente pastoral, cómo ofrecer un espacio que sea creíble, que ofrezca garantías y confiabilidad a las partes, particularmente a las víctimas, y que al mismo tiempo mantenga el carácter y la identidad propias de la misión pastoral. En este campo la definición hecha por el Episcopado colombiano está marcada por la autonomía como principio rector: “Reafirmamos nuestra independencia y autonomía como Pastores del Pueblo de Dios para anunciar el Evangelio y denunciar todo aquello que se opone a la realización de su Reino y de su justicia. No permitimos que a ninguno de nosotros, obispos, sacerdotes, religiosas, religiosos y agentes de pastoral, los grupos en conflicto quieran alinearnos con uno u otro bando”<sup>7</sup>.

Se ha optado por la autonomía, lo cual no significa lo mismo que neutralidad. Desde esta posición la opción es a favor de las comunidades afectadas, de la población civil y particularmente de las víctimas, es una opción que permite un espacio de independencia para cumplir con la tarea de animar la búsqueda de la paz y de las negociaciones desde las distintas orillas. Pero, sobre todo, esta autonomía es una posición de cercanía y acompañamiento de las iniciativas que surgen desde lo local, de las propuestas comunitarias.

## APRENDIZAJE EN UNA REALIDAD COMPLEJA

Dolorosamente hay que decir que Colombia es más conocido por sus dificultades y conflictos que por sus enormes esfuerzos y por las alternativas abiertas para la construcción de la paz. Acercarse a Colombia es entrar en contacto con una realidad compleja, de múltiples conflictos, y de gran diversidad de propuestas de construcción de la paz. Sin embargo, muy poco se conoce de la imaginación de la paz que existe en la nación colombiana. Solemos quedar atrapados por la complejidad del conflicto y a veces esto nos impide maravillarnos ante la enorme creatividad de paz existente.

No es extraño que las reflexiones sobre la paz en Colombia comiencen con la observación sobre la ausencia histórica del Estado social en gran parte del territorio nacional, lo cual cuestiona su legitimidad, favorece la complejidad de la realidad, abre la puerta a la presencia de poderes ilegales y a una multiplicidad de situaciones que se entrelazan para formar el conflicto mayor.

“Somos concientes de la crisis que, con relación a la paz, vive nuestro país. Las heridas de la paz no son únicamente las que vienen de la confrontación armada. En una visión global del problema se deben colocar también el narcotráfico, el tráfico de armas, la corrupción, el empobrecimiento y la exclusión, el paramilitarismo y las autodefensas y,

---

<sup>6</sup> Pastoral para la paz en la actual situación de conflicto armado en Colombia, 13 de mayo de 1998.

<sup>7</sup> Idem.

sobre todo, la evidente violación de los Derechos Humanos y la destrucción de valiosos recursos naturales”<sup>8</sup>.

La identificación cuidadosa del entrelazamiento de estas situaciones que aparecen dispersas y desconectadas a primera vista, impone una revisión de las raíces estructurales que dan origen a la violencia, con sus componentes de exclusión política, social y económica, y que juegan un papel muy importante no sólo en el diagnóstico de la complejidad del problema sino también en la propuesta de soluciones igualmente complejas.

La Iglesia colombiana es consciente de la complejidad del reto que tenemos. De hecho ha dedicado energías y tiempo al seguimiento y estudio de la realidad nacional a tal punto que hoy goza de un bagaje amplio de reflexiones, acercamientos con la metodología del ver, juzgar y actuar y lecciones aprendidas, la primera de las cuales es el enfoque con clave de esperanza. Diría que una importante lección ha sido el aprender a analizar y a tomar posición frente a un conflicto complejo, con retos y sombras, pero también con luces y motivos de esperanza. Hay una tentación en el ambiente social de reducir y simplificar la lectura de la situación colombiana y sus causas para tratar de encontrar soluciones de corto plazo. Pero la historia ha mostrado la importancia de identificar la complejidad con humildad, sin pretensiones de dar soluciones inmediatas, sin dejar de ver que los conflictos son oportunidades y desafíos para una población y que los procesos comunitarios aparentemente lentos producen impactos de largo plazo en conflictos complejos. La contradicción entre el corto y el largo plazo, entre las urgencias y los grandes ideales está mediada por los procesos locales de construcción de paz.

La Conferencia Episcopal ha creado varias instancias y niveles de trabajo que condensan su aporte frente a los numerosos conflictos que enfrenta el país con una visión de construcción de la paz a largo plazo.

## ÉTICA Y CONFLICTO: UNA LECCIÓN CENTRAL

“Nuestra patria aparece, bajo muchos aspectos, como un país donde reinan la mentira, la injusticia y la corrupción”<sup>9</sup>. Ante este panorama, descrito en 1999, el Episcopado continuaba diciendo que “tal situación puede originar sentimientos de pesimismo y desconfianza que en nada ayudan a restaurar al país”. La reflexión se hace en el contexto de una declaración titulada: “Por la salud moral de los colombianos”, que recuerda un llamado que la Conferencia Episcopal ha hecho en reiteradas ocasiones al decir que Colombia es un país moralmente enfermo.

La constatación de que el país tiene un problema ético de fondo que está en la base de la indiferencia, de la mentira, de múltiples formas de violencia y de la descomposición que lleva a aceptar la injusticia y la corrupción en distintos niveles de la vida social, ha

---

<sup>8</sup> Nuestro aporte para una nueva Colombia. Comunicado final de los Obispos participantes en el Seminario – Taller sobre la problemática colombiana, 16 de noviembre de 2000.

<sup>9</sup> “Por la salud moral de los colombianos”. Mensaje final de la LXIV Asamblea Plenaria Ordinaria del Episcopado, 12 de julio de 1997.

permitido a la Conferencia Episcopal aproximarse a los interrogantes más profundos de nuestra realidad.

La respuesta a estas preguntas pasa, entre otras, por la reflexión sobre la ausencia de decisiones y convicciones éticas que permitan encontrarnos en un marco normativo realmente compartido por todos. La ausencia en muchas regiones y en una proporción significativa de la población de ese marco ético de convivencia compartido, junto al intento de los grupos al margen de la ley de crear sus propios referentes y marcos de valores o antivalores, puede ayudar a entender la dificultad de la crisis colombiana. Han coexistido a lo largo de décadas una normatividad institucional legal, sustentada en valores reconocidos, con otra normatividad basada en lo ilícito, que existe de hecho y que por tiempos puede atraer a personas de distintos sectores sociales. Se da, lamentablemente, lo que algunos denominan una “cultura de la ilegalidad, de lo ilegítimo” que ha construido una normatividad propia, la cual ha sido aceptada por grandes grupos de la población. Todo esto ha conducido a consecuencias sociales muy graves y a una fragmentación del poder, con impacto histórico negativo en las regiones del país.

La multicausalidad del conflicto colombiano y su complejidad cuenta, entonces, con un factor ético que no puede ser desconocido. La situación colombiana encierra muchas paradojas en materia ética. De allí queda la lección de que el país requiere imaginar nuevas formas de convivencia y de solidaridad, y tal vez nuevos pactos sociales, habida cuenta de las rupturas y conflictos entre actividad económica y ética, entre quehacer político y responsabilidad ética frente a la nación, entre justicia y deber moral, entre la ética colectiva y la individual, entre lo público y lo privado, entre vida ciudadana y conciencia moral. Los hechos recientes de la historia de Colombia y los pasos hacia el conocimiento de la verdad de las atrocidades cometidas en el desarrollo del conflicto, muestran la complejidad de esta crisis social y ética, y la profundidad de la brecha que se ha abierto entre la práctica cotidiana y los principios éticos. La gravedad de esta crisis ética supera en mucho el daño económico causado por el conflicto.

Este problema ético ha distorsionado la realidad y los procesos e intentos de conseguir la paz, y no ha permitido construir los referentes que permitan establecer la honestidad, la verdad, la probidad y el respeto por la vida como núcleo de la construcción de la paz. El Episcopado identifica a lo largo de sus documentos múltiples causas estructurales y coyunturales de la violencia y el conflicto colombianos, pero vale la pena recordar que la crisis moral y ética es uno de los elementos en los que mayormente se ha insistido.

En febrero de este año, justamente, la Asamblea de la Conferencia Episcopal anotaba que las instituciones del país “evidencian una grave crisis”, precisamente por escándalos relacionados con comportamientos contrarios a la ética de los servidores públicos y a la independencia frente a los grupos ilegales.

El desarrollo de esa anticultura en materia ética ha transformado las formas de convivencia históricas de los colombianos y ha sustituido los valores de solidaridad tradicionales. Son muchas las lecciones que deja este proceso. Uno de los retos que se impone después de estas transformaciones culturales es establecer la pedagogía de la reconciliación que permita recuperar el espacio de la justicia, no como ejercicio del rencor o del odio, sino que asuma el proceso de recuperación de la memoria y de la

verdad, y que abra caminos a la reparación del daño causado, al perdón y a nuevas formas de convivencia con valores auténticos.

## CONSTRUIR UNA HOJA DE RUTA ÉTICA

Dentro de la propuesta que hace la Conferencia Episcopal está el promover una visión de la paz y un proceso de largo plazo que involucre a toda la sociedad colombiana. En el año 2002 se hicieron públicos los *Diez Principios para Caminar hacia la Paz*, como una especie de “hoja de ruta” ética en la que no se señala la forma de adelantar el proceso de paz, sino que se abordan los temas que el Episcopado considera claves dentro de una negociación. No es el derrotero que señala lo que se va a hacer y el cómo, sino la guía ética de los grandes temas, y en un conflicto, un gran aporte es tener esta definición. Por eso me atrevo a decir que es como una “hoja de ruta” que indica el norte ético de los procesos de paz; es un esfuerzo muy valioso, porque reúne la experiencia de participación en varias negociaciones y acercamientos, particularmente los que se hicieron con las FARC durante la administración del Presidente Pastrana, y extrae las lecciones fundamentales en torno a los temas claves.

Allí la Conferencia Episcopal declaraba que: “Urge construir un consenso nacional para desarrollar la agenda que renueve a Colombia. Los acuerdos que se logren han de contar con la aprobación de todos, su cumplimiento debe estar sometido a la vigilancia de todos”. Esta “hoja de ruta” propone como marco la idea de que el país requiere de un consenso sobre los valores esenciales, que permitan hacer sostenible la paz a largo plazo, y además se afirma la ética de la responsabilidad, en la cual cada colombiano y colombiana somos responsables de los demás y de la paz del país. La práctica pastoral ha mostrado que la paz nos incumbe a todos, que no es un problema de grupos especializados.

Esta guía ética involucra a todos en la búsqueda de la paz, no la reduce a un asunto de unos pocos. El principio de la responsabilidad compartida ha llevado a la Conferencia Episcopal a buscar los mecanismos para involucrarse y animar el que otros se involucren en esta empresa de la paz: “todos somos responsables en la reconstrucción de Colombia. Por eso el compromiso tiene que ser de todos. Quienes han sido elegidos por el pueblo para orientar los destinos de la patria y han sido colocados en distintas responsabilidades de poder... los que han sido dotados de mayores recursos económicos, culturales, técnicos, tienen aquí un amplio campo de servicio. Aun los violentos que han pretendido cambiar estas condiciones del país por la vía de las armas”<sup>10</sup>.

La hoja de ruta coloca en el centro el devolver la dignidad a las víctimas como un acto de justicia. Pero señala también que se deben crear las bases compartidas para que la sociedad defina la forma como va a asumir los crímenes perpetrados, la manera de asumir a los victimarios, la construcción del proceso de perdón, la respuesta al clamor de reparación y los acuerdos para que las atrocidades no vuelvan a suceder.

---

<sup>10</sup> Que renazca la esperanza. Mensaje de la LXVII Asamblea Plenaria Ordinaria del Episcopado, 9 de julio de 1999.

Desde esta perspectiva la Conferencia Episcopal ha reiterado los llamados para que se identifique el dolor y la situación de las víctimas y la forma como ese sufrimiento afecta a todo el pueblo colombiano. El compromiso y la responsabilidad no es sólo con el ideal de la paz, tiene que ver directamente con quienes han sufrido por violaciones a los derechos humanos y quienes han sido víctimas durante el proceso. Y el reclamo está en la necesidad de que se asuma que su dolor afecta a toda la sociedad y las atrocidades cometidas tienen que ver con cada uno. Se trata específicamente de los desplazados, de quienes sufren la orfandad y la viudez por la violencia, de quienes viven en condiciones de pobreza extrema...

Indudablemente aquí uno de los retos es saber establecer la diferencia entre la víctima y el victimario. Naciones Unidas da una definición de víctima que sirve de punto de partida en la discusión: víctimas son "aquellas personas que de forma individual o colectiva han sufrido un perjuicio, especialmente un ataque a su integridad física o mental, un sufrimiento moral o una pérdida material, o un ataque grave de sus derechos fundamentales, en acciones u omisiones que infringen las leyes penales vigentes de un Estado". En el año 2006 el Secretariado Nacional de Pastoral Social, junto a otras organizaciones sociales, participó en esta discusión al insistir, hasta lograr que este principio fuera aceptado, y que los desplazados fueran incluidos en el universo de las víctimas. Pero queda la discusión sobre el número de víctimas que va a ser reconocido y sobre los mecanismos de reparación.

La lección profunda es que mientras no se logre asumir responsablemente la condición de las víctimas y se acepte que las atrocidades han afectado a cada persona y a la sociedad en general, la paz seguirá siendo un reto. Ése es justamente el primero de los principios elaborados en el año 2002 para caminar hacia la paz: "Reconocemos el valor inviolable de todo colombiano, su persona, su vida, su libertad. 'La paz se reduce al respeto de los derechos inviolables del hombre...., mientras la guerra nace de la violación de estos derechos y lleva consigo aún más graves violaciones de los mismos' ". Al colocar éste como el primer principio, en alguna forma se está señalando que todo el esfuerzo por la paz radica en la convicción de que la dignidad humana está profundamente afectada por el conflicto armado y que la tarea humanitaria de la Iglesia en Colombia tiene un lugar central dentro de su compromiso por la paz. Y aún se da un paso adelante con consecuencias en el trabajo pastoral al remitirnos a las causas estructurales del conflicto, con lo cual la labor de la Iglesia no puede ser ni ha sido simplemente asistencial, sin una comprensión de las raíces de la situación que vivimos y de los hechos que generan el dolor de las víctimas. Ha sido una lección muy importante aprender a no desconocer las raíces lejanas de este conflicto y de la situación humanitaria, para trabajar de manera tal que se evite el que se vuelvan a presentar en el futuro las mismas causas.

## LECCIONES DEL EJERCICIO DEL DIÁLOGO Y BÚSQUEDA DE LA VERDAD

Uno de los elementos que toman fuerza en la posición el Episcopado es la necesidad de lograr que el diálogo ocupe el lugar que le corresponde en la sociedad colombiana como valor fundamental. Su ruptura entre los ciudadanos ha estado en la base de la crisis ética del país, desde las situaciones más cotidianas hasta las más complejas como el conflicto armado. "En cuanto al conflicto armado reiteramos nuestro



convencimiento: sólo se superará a través de la negociación política, cuyo núcleo fundamental es el diálogo sincero y veraz de las partes en la búsqueda de una nueva visión de Colombia, dentro de un marco de justicia y un nuevo estilo de convivencia”<sup>11</sup>.

La propuesta es crear nexos de comunicación en los que se expongan las distintas aspiraciones sociales y se expresen los fundamentos de las diferentes posiciones, con el fin de encontrar una visión nueva y compartida en el marco de la justicia. La superación de la crisis ética del país pasa por el diálogo y por la construcción de consensos que permitan llegar hasta nuevos estilos de convivencia, los cuales respondan a los retos de la verdad y la justicia, sin cerrarse a la dimensión del perdón.

Como valor ético de la construcción que debe dar origen a ese consenso se resalta la justicia. La reflexión de la Iglesia colombiana en la búsqueda de soluciones a la crisis tiene que ver con la justicia de los proyectos y propuestas de país existentes. Pero antes de llegar a esta conclusión se colocan dos parámetros éticos necesarios para que un proceso de paz dé resultados en la vida de la nación: la veracidad y la sinceridad. Ha sido necesario volver sobre estos dos valores porque la comunicación social no es posible si no existen condiciones que permitan hacer creíbles las posiciones y le den dignidad al diálogo. Indudablemente hay un énfasis en las condiciones del diálogo para que conduzca a la paz. Se parte de convicciones muy fuertes según las cuales aun en las situaciones más complejas de la nación, el camino es la negociación, y ésta se logra por medio del diálogo, pero el calificativo sobre el tipo de diálogo que se adelante está sometido a condiciones claramente establecidas.

“La mentira es una de las causas de todo conflicto y principal obstáculo a cualquier esfuerzo de negociación política. Es necesario adentrarnos en el camino de la verdad para re-dignificar a las víctimas, actores centrales de la reconciliación y poseedoras privilegiadas de la gracia del perdón, que sólo puede y debe nacer en ellas si queremos romper el ciclo del rencor, del resentimiento y de la venganza que en ocasiones se convierten en una carga imposible de llevar”<sup>12</sup>.

La experiencia de la Conferencia Episcopal en distintos escenarios de diálogo en el país ha llevado a que se profundice en las características de la veracidad: “la verdad fortalece los medios de paz. La verdad no tiene miedo tampoco a los acuerdos honestos, porque lleva consigo las luces que permiten empeñarse en ellos, sin sacrificar convicciones y valores esenciales. El itinerario del proceso de paz debe fijar fechas, tiempos y límites para poder evaluar los procesos, los adelantos y verificar la verdad de los acuerdos”<sup>13</sup>.

Lo que el Episcopado ha propuesto es un principio que tiene validez para las conversaciones o diálogos con los distintos actores, en este caso con actores armados, llámense guerrillas o paramilitares. El principio tiene, además, la característica de responder plenamente a las urgencias de la sociedad colombiana actual. Incluso en momentos en que se han dado cambios en las estrategias de búsqueda de la paz, la

---

<sup>11</sup> Nuestro aporte para una nueva Colombia. Comunicado final de los Obispos participantes en el Seminario – Taller sobre la problemática colombiana, 16 de noviembre de 2000.

<sup>12</sup> Comunicado de la LXXXII Asamblea Plenaria del Episcopado. El compromiso de la Iglesia ante los desafíos de la realidad nacional, 9 de febrero de 2007.

<sup>13</sup> Mensajeros de paz y esperanza. Comunicado del Presidente de la Conferencia Episcopal, 3 de octubre de 2001.

Conferencia Episcopal ha acentuado la necesidad de mantener estos principios: “Estamos de acuerdo con un cambio en la concepción del proceso de paz. Este cambio debe replantear y analizar los niveles de confianza, el itinerario y el compromiso de todos dentro de la solución del conflicto. No hay paz sin una disponibilidad al diálogo sincero y continuo”<sup>14</sup>.

La Conferencia Episcopal reconoce que estamos ante una construcción histórica que requiere creatividad y al mismo tiempo exhorta a proponer principios éticos que sean válidos para los distintos tipos de negociación de cese del conflicto armado. La experiencia de estos años ha mostrado la validez de esta posición y la urgencia de seguir trabajando en las comunidades mismas para que desde ellas se exijan los principios de veracidad y de sinceridad. El hecho de que sea un principio que debe cubrir toda negociación de paz o todo esfuerzo de diálogo social no quiere decir que se refiera a un ideal inalcanzable. La práctica del proceso en marcha demuestra que la carencia de la veracidad y la sinceridad en el proceso reabre y fortalece el círculo de la violencia. Se requiere ejercer la justicia sobre la base de la verdad, de manera que se abran las puertas a la reparación y al perdón. Nuevas bandas o grupos emergentes pueden ser el resultado de la carencia de estos dos elementos y la insensibilidad social frente a estas realidades puede ahondar la crisis del país, marcada por la debilidad de los valores que sustenten la paz.

La lección aprendida es que la versión de quienes cometieron atrocidades es fundamental, y que se debe hacer dentro de la veracidad y la lealtad a los hechos, pero se necesitan ejercicios de recuperación de la memoria desde las víctimas y los testigos, como las bases de datos Teveré y Rut del Secretariado Nacional de Pastoral Social, y hacer otros cruces de información, para que el proceso de la verdad pueda llegar a dar resultados.

## LA JUSTICIA Y LA REPARACIÓN, DESAFÍOS DE NUESTRO TIEMPO

Analistas como el chileno Roberto Carretón, Representante en América Latina y el Caribe de la Oficina del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos, distinguen cuatro dimensiones de la impunidad: la jurídica, la política, la moral y la histórica<sup>15</sup>.

Un breve acercamiento a estas cuatro dimensiones puede ser de mucha utilidad para comprender la magnitud del tema de la impunidad y los retos que enfrenta el sistema legal y judicial de nuestro país en el camino de construir una sociedad reconciliada y en paz.

La Corte Interamericana ha definido la impunidad, en su dimensión jurídica, como “la falta en su conjunto de investigación, persecución, captura, enjuiciamiento y condena de los responsables de las violaciones de los derechos protegidos por la Convención Americana”.

---

<sup>14</sup> Idem.

<sup>15</sup> Roberto Carretón Ponencia para el Seminario Internacional sobre Experiencias de Alternatividad Penal en Procesos de Paz. Barcelona, España, 27 y 28 de febrero de 2004.

Uno de los desafíos de nuestra sociedad toca con la forma como se va a establecer justicia y a garantizar la exigencia de reparación de las víctimas, para abrir paso a la verdadera reconciliación entre los colombianos.

Hay una dimensión política de la impunidad que se hace claramente manifiesta en la continuidad en las instancias de poder de personas vinculadas a la corrupción o a crímenes particularmente graves contra la humanidad. Éticamente, la impunidad política golpea y rompe en forma dolorosa el sentido de confianza popular y de aceptación de las instituciones que deben gozar de la más alta legitimidad. En último término con la impunidad política lo que logra es lanzar un mensaje equivocado a la sociedad, que le quita fuerza a la sanción social frente a las atrocidades y a los actos corruptos. Aquí hay una dimensión también de la justicia necesaria en el camino de la reconciliación, que establece la transparencia en las instituciones y la independencia de éstas con respecto a actores armados ilegales en todos los niveles, nacional, regional y local.

Habría también una impunidad moral que conduce a una justificación de las atrocidades cometidas como resultado de la convicción de estar sirviendo a una causa mayor como el bien de la patria o de la humanidad. Piensan que “la verdad en la que creen o el sufrimiento padecido son tan absolutos que lo legitiman a reaccionar destruyendo incluso vidas humanas” (Juan Pablo II)<sup>16</sup>.

La última es la impunidad histórica que busca que se perpetúe a lo largo del tiempo la mentira sobre la cual se levantaron las justificaciones de los hechos de terror y, por otra parte, busca crear una mentalidad de olvido de todo lo sucedido.

Estas dimensiones de la impunidad nos llevan a pensar seriamente en la necesidad de avanzar en la construcción de lo público y en la superación de los intereses particulares, con el fin de pensar en los intereses de la nación. El ejercicio que se ha hecho en estos años de repensar a Colombia, de construcción de lo público, nos ayuda precisamente a enfocarnos en criterios de transparencia y de pluralismo, en los cuales la palabra sea la que se abra espacios en lugar de la violencia. Una cultura nueva que sea capaz de reconstruir el tejido social y garantizar el respeto por la dignidad de cada ser humano, en medio de la diversidad de nuestro país y de sus gentes.

La reconciliación nos lleva a pensar en cada uno de los espacios y sectores que pueden aportar y con quienes podemos avanzar en este caminar. Una lección importante en este proceso es que una propuesta de justicia y superación de la impunidad, no puede desconocer los derechos de las víctimas y de los que han sufrido en el proceso, y que se requiere a largo plazo de una pedagogía del perdón, la cual lo haga posible socialmente.

Quedan muchas lecciones y desafíos legales y éticos que provienen del proceso utilizado en Colombia para el esclarecimiento de los hechos del pasado, de la forma como se ha avanzado hacia el establecimiento de la verdad, de las dimensiones del castigo que se han establecido para quienes han cometido atrocidades, y de los mecanismos que se han utilizado para involucrar a la sociedad y particularmente a las víctimas en el proceso.

---

<sup>16</sup> Juan Pablo II. Mensaje para la celebración de la Jornada Mundial de la Paz, 1 de enero de 2002.

## ROMPER CON LA INSENSIBILIDAD DE LA INDIFERENCIA.

Hay un mal adicional que marca nuestra historia: la indolencia y la falta de sensibilidad frente a quienes han sufrido y de cara a la verdad de las atrocidades cometidas o toleradas. Con frecuencia sorprende el hecho de que en Colombia pasan sin repercusión graves denuncias o simplemente el hecho de recurrir a la mentira como forma de ejercicio del poder o como instrumento para legitimar formas de exclusión y violencia social.

Una expresión del fenómeno moral y ético es la falta de reacción frente a las atrocidades terribles cometidas en el pasado y frente a las múltiples formas de ocultamiento de las mismas. A veces nos asombra que la sociedad colombiana no tenga una capacidad de reacción y parezca obnubilada por otros temas. “Si desconocemos la voz íntima de la conciencia, si la silenciemos y la matamos por el desorden ético de la vida, nos convertimos en seres insensibles, carentes de las más mínimas condiciones para la convivencia social”<sup>17</sup>.

La reflexión del Episcopado está estrechamente vinculada a la propuesta de asociar las comunidades locales al debate sobre el tipo de nación que queremos construir como una forma concreta de romper con la indiferencia y con la insensibilidad que a veces se quiere imponer socialmente. Varios ejercicios nos han permitido vincular comunidades en todas las regiones del país a la discusión sobre “el país que queremos”. La propuesta de diálogo entre diversas identidades nos saca de la situación de comunidades que viven aisladas con una identidad homogénea. El principio de comunidad revierte a la capacidad de dialogar y de construir la “casa común”, la cual parte sobre todo de esos elementos compartidos que son más fuertes que las diferencias, pero sin desconocer las identidades existentes.

En el año 2002 la Conferencia Episcopal convocó un taller para Obispos titulado “Hacia la Colombia que queremos”, en el cual se asumieron los temas que se habían propuesto desde el Sistema de Naciones Unidas en los llamados Talleres del Milenio. El debate luego se extendió al ámbito regional, hasta llegar a numerosas comunidades locales, para crear espacios en los cuales pudieran aportar a un modelo o proyecto de país compartido. Esta experiencia se desarrolló en un momento histórico porque en esos mismos días el gobierno nacional tomó la decisión de no continuar el proceso de paz con las FARC y terminaba con un llamado a la unidad y a la esperanza, que creaban puentes con las comunidades.

En esa ocasión decía la Conferencia Episcopal: “Queremos despertar el sentido de pertenencia de aquellos que forman parte de esta Patria. La recuperación de la paz, el logro de la justicia, la superación de la pobreza y la exclusión es responsabilidad de todos. Cada colombiano debe contribuir con sus ideas y actuaciones a la defensa de la vida de cada persona y de los bienes que conforman nuestro patrimonio común”<sup>18</sup>.

---

<sup>17</sup> Por la salud moral de los colombianos, op. cit.

<sup>18</sup> Llamado a la unidad y la esperanza. Mensaje del Episcopado Colombiano en el Seminario – Taller “la Colombia que queremos”. 21 de febrero de 2002.

La lección aprendida es que la memoria, y el compromiso con ella, permiten la construcción de una nueva sociedad, mientras que el olvido de las atrocidades e injusticias cometidas tiende a crear condiciones para que los ciclos de violencia se repitan. El perdón no excluye la memoria y la justicia, los exige.

## COMUNIDADES VULNERABLES: LECCIONES DEL TRABAJO CON LAS VÍCTIMAS

Uno de los elementos que más se destaca dentro de las posiciones de la Conferencia Episcopal es el hecho de que con frecuencia se hace referencia a lo que las comunidades locales sienten, a lo que ellas enseñan, y a sus múltiples fortalezas en medio del sufrimiento y el dolor que viven. Hay una sintonía cercana con las comunidades locales.

Pero hay retos que no se deben desconocer. Los problemas de violencia, mentira, injusticia y corrupción, hacen pensar por un lado en la forma como las comunidades locales resolvieron gran parte de sus conflictos en el pasado y los valores que las sustentaron y, por otro lado, en la actual situación que se describe con preocupación: “son muchas las ambigüedades y equivocaciones que vemos en el actuar ético y moral de nuestras comunidades”. Se constata que no existen en muchas comunidades y personas los valores necesarios con el fin de vivir en paz y para identificar la verdad.

El contacto directo con las comunidades desde una posición de autonomía frente a propuestas violentas, ha permitido a la Conferencia Episcopal declarar en reiteradas ocasiones su apoyo a las víctimas, como lo hizo recientemente al reafirmar que “Mantendremos un compromiso de apoyo irrestricto a las víctimas y las acompañaremos en la defensa de sus derechos a la reparación y a la memoria, pero animando a la grandeza del perdón”<sup>19</sup>. Al mismo tiempo que, por el bien del país, de las comunidades vulnerables y de las mismas víctimas, exhorta “a las FARC a facilitar espacios para la negociación y para el diálogo”. Y expresa su “voz de ánimo al proceso que se adelanta entre el Gobierno Nacional y el ELN e invita a los desmovilizados de los grupos de autodefensa a proseguir con valentía y transparencia el proceso iniciado, siendo coherentes con el compromiso de aportar a la verdad, a la justicia y a la reparación”.

El trabajo psicosocial de la Pastoral Social en las regiones de Colombia, los Congresos de la Reconciliación, el acompañamiento a las víctimas, el caminar con sencillez junto a los que sufren, particularmente la población desplazada, entre otras iniciativas, hacen parte de la propuesta de trabajar la construcción de la paz en medio del conflicto con inclusión de la población en los procesos de búsqueda de la paz y la reconciliación.

La Conferencia Episcopal parte en sus declaraciones de la vivencia de las comunidades cristianas y de la vida de las regiones, con sus numerosas expresiones. “Escuchamos

---

<sup>19</sup> El compromiso de la Iglesia ante los desafíos de la realidad nacional. Comunicado de la LXXXII Asamblea Plenaria.

un lamento en nuestras comunidades”<sup>20</sup>, es la afirmación que sintetiza la actitud del Episcopado y que explica el origen de sus preocupaciones.

El aprendizaje cercano, hecho desde las comunidades, ha permitido profundizar en el diagnóstico pastoral y en una visión del país desde el contacto directo con quienes sufren. La escucha de las comunidades, no como hecho ocasional sino como tarea permanente que ayuda a discernir los signos de los tiempos y el Plan de Dios en nuestra compleja realidad.

La escucha pastoral, no como actitud pasiva sino como aprendizaje activo, como lugar para profundizar en las lecciones de la historia en situaciones de conflicto armado, permite colocarse en el lugar, en el camino del que sufre y desde este encuentro aportar a la construcción de la nueva realidad en la que podemos aportar nuestra perspectiva del Evangelio y del Reino que Jesús nos promete. Es la escucha del buen samaritano que rompe la indiferencia y que involucra en la búsqueda de la paz y la verdad. La escucha pastoral es proceso de vida y de aprendizaje, que tiene enormes consecuencias para comprender la situación y para asumir compromisos difíciles frente a fenómenos como el narcotráfico, la corrupción, la enorme inequidad entre sectores sociales y otras formas de violencia. Aun en las circunstancias en las que han disminuido las manifestaciones crueles del conflicto armado, la actitud de escucha con responsabilidad moral ha permitido identificar las nuevas tensiones políticas, económicas o sociales, la aspiración por la verdad, la justicia y la reparación, los problemas alimentarios y de pobreza extrema que pueden dar origen a nuevas expresiones de conflictos.

La referencia a las lecciones que deja la escucha de las comunidades, cuando se habla de uno de los problemas centrales de la realidad colombiana, hace pensar en el cambio que han tenido dichas comunidades locales en los últimos años, a raíz sobre todo del desplazamiento forzado. Las identidades han cambiado e igualmente los condicionamientos comunitarios. Pero las comunidades que nos han marcado con lecciones más profundas en la búsqueda de la paz son, indudablemente, aquellas identificadas por valores culturales, identidades territoriales, raíces históricas y vivencias religiosas compartidas.

## ACOMPAÑAMIENTO PASTORAL, TAREA Y LECCIÓN

Los retos para las comunidades locales son enormes; así lo describía el documento “Testigos de esperanza”: “El trípode de poder militar, político y económico conformado por los actores ilegales y grupos armados, configura una nueva forma de dominio sobre la población y los territorios. Se trata de la expansión al conjunto de la vida social de la influencia y control que en otro momento fue puramente armado. Con este nuevo esquema no solamente se afecta el orden público sino que se pone en riesgo el ejercicio libre de la democracia” (68).

Esta combinación de formas de presencia y dominio ilegal ha dejado profundos motivos de reflexión frente al hecho de que, en regiones caracterizadas históricamente por estar

---

<sup>20</sup> Idem.

habitadas por comunidades profundamente pacíficas y solidarias, han surgido grupos violentos que han hecho opciones radicalmente contrarias al sentir común. No se encuentra fácilmente una explicación a dicha situación en la tradición de la comunidad, es necesario comprender que existen propuestas antiéticas que han hecho carrera y que se ofrecen como opciones individuales. Muy particularmente este fenómeno se halla asociado a las disputas territoriales de grupos armados para establecer y controlar el “trípode del poder”. El surgimiento de grupos armados en lucha por el territorio golpea un factor central de cohesión de la vida política, social y cultural, y amenaza la supervivencia de las comunidades como tales.

Aquí una de las lecciones ha sido el valor del acompañamiento y de la presencia pastoral junto a las comunidades. Muchas Diócesis y grupos pastorales se han identificado en torno a la idea del acompañamiento como compromiso activo. La defensa del territorio ha sido un escenario privilegiado para perfeccionar el aprendizaje sobre este acompañamiento pastoral que por un lado identifica y fortalece los proyectos de vida comunitarios y personales frente a la amenaza del desgarramiento del tejido social por la violencia y por otro es un ejercicio de cercanía para ayudar a recargar de significado y de sentido la vida personal y comunitaria. Las significaciones del territorio son enormes en una comunidad rural y, despojar las familias o a la comunidad entera de esa pertenencia, crea una herida profunda que va a requerir un trabajo de generaciones. El acompañamiento pastoral asume y crea los espacios necesarios para la prevención y en otros casos para la restitución de los derechos. Acompañamiento es un ejercicio de reencuentro con la seguridad humana golpeada por múltiples amenazas, por ello implica crear lugares para hacer explícita la confianza y los sentimientos de solidaridad. Hay que anotar que existen transversalidades presentes en este acompañamiento pastoral, marcadas por la presencia de los más indefensos, por el sufrimiento de las víctimas, en particular mujeres, niños y niñas, por el imperativo humanitario del proceso.

El acompañamiento pastoral crea nexos con la sociedad y con los esfuerzos por la paz en momentos en que la vida comunitaria puede cambiar radicalmente. Es el valor pedagógico de la presencia conciente en medio del conflicto y de la visión profética. En “Testigos de la esperanza” se aglutinan los factores de profetismo con expresiones de rechazo y búsqueda de alternativas frente situaciones de pobreza extrema, frente a toda forma de violencia, terrorismo, secuestro, desplazamiento forzado, narcotráfico y corrupción.

Dentro de las comunidades afectadas por el conflicto armado y las amenazas a su supervivencia y al territorio, es necesario hacer referencia a las lecciones que aportan las distintas formas de liderazgo que surgen dentro del proceso. Las experiencias en varias regiones de Colombia han mostrado que el surgimiento de liderazgos con credibilidad comunitaria depende de su transparencia y su autonomía frente a actores que amenazan la vida y dignidad de las comunidades. Nuevamente aquí, la autonomía aparece como un valor que da legitimidad, en la medida en que expresa y protege la identidad propia. La historia de enfrentamientos por el territorio ha dejado lecciones sobre el tipo de comunidades que necesita el país y sobre los liderazgos que pueden ir más allá de las aspiraciones individuales, para convertirse en promotores de la convivencia pacífica y defensores del derecho a no ser desplazados.

Dichas lecciones van más allá de la defensa inmediata y se han abierto a la perspectiva de crear proyectos comunitarios sustentables a largo plazo, con reconocimiento en el nivel nacional y con propuestas válidas frente a la violencia y a la disputa territorial.

## APRENDER A IDENTIFICAR LOS ROSTROS

La III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano celebrada en Puebla dejó una herencia preciosa en el tratamiento de los problemas sociales, al recordar que detrás de los problemas y conflictos sociales hay rostros de seres humanos golpeados, pero muchas veces desconocidos e invisibilizados. La experiencia de estos años ha llevado a la necesidad de identificar sus rostros y a la importancia de nombrarlos, de identificarlos por su nombre, de hablar de su situación en los comunicados públicos, de hacer visibles y evidentes sus necesidades y logros.

Las acciones de la Pastoral Social colombiana en el terreno son el espacio de encuentro directo, cara a cara. Los informes humanitarios de la Sierra Nevada, del Putumayo y de otras regiones del país revelan el hecho de que aunque hemos avanzado enormemente en la capacidad de comunicarnos, seguimos viviendo el olvido de las víctimas y por ello es necesario levantar la voz, para que no desaparezcan los rostros y los nombres de quienes han sufrido; así se avanzará en el camino de la restitución de sus legítimos derechos que han sido conculcados o atropellados injustamente. Más allá de un problema estadístico, está el reto de ser conscientes de la existencia de las víctimas y la responsabilidad frente a su dolor.

Los procesos de paz que se han hecho en Colombia en el pasado han dejado lecciones para la Iglesia y para la sociedad, sobre todo en la forma como se asume la condición de las víctimas y estas lecciones tienen profundas repercusiones en el trato que se da a quienes han cometido atrocidades. De allí el reclamo de la Iglesia con el fin de que se den posibilidades para que quienes cometieron atrocidades puedan rehacer su dignidad y encontrar un puesto digno en la sociedad, pero a partir de unas condiciones claras éticas que se tienen que cumplir, como son el serio compromiso de revelar la verdad de los hechos ocurridos en su totalidad, cumplir los deberes que impone la justicia y la reparación con las víctimas y rehabilitarse ante la sociedad para convertirse en ciudadanos responsables de un futuro en paz para toda la nación.

## ORAR POR LA PAZ.

Una de las lecciones más profundas de estos años viene de la fuerza y del poder de la oración por la paz, del valor de la dimensión espiritual cuando se atraviesa por momentos de conflicto y especialmente cuando se trata de avanzar hacia la reconciliación. La fuerza espiritual del pueblo colombiano ha jugado un papel decisivo en la decisión constante de insistir en que la paz es posible.

La opción por aportar desde la vivencia, práctica y perspectiva espiritual al proceso del país ha sido clave en el compromiso de la Iglesia colombiana en todos sus niveles.



En esta espiritualidad se unen dos principios claves de la comunión entre los seres humanos: la justicia y la paz. Permítanme terminar con una cita del documento Testigos de Esperanza: “El proyecto de paz que nos anima debe estar intrínsecamente relacionado con el espíritu de justicia, según la inspiración profética que tenemos, y también con el espíritu del amor y de la misericordia, según la inspiración evangélica que hemos recibido del Señor. “La paz es fruto de la justicia”, decimos inspirados en la tradición de Israel (Is 32,17) y lo mismo podemos decir en relación con el amor y la misericordia. Es imposible construir un mundo en paz, sin haberlo edificado sobre este fundamento; pero también es necesario decir que es imposible construir un mundo fraternal sin haber desarrollado en nosotros actitudes de paz”<sup>21</sup>

---

<sup>21</sup> Testigos de Esperanza, 242.